

# EL PUEBLO.

PERIODICO GENERAL.

REPÚBLICA DEL SALVADOR.

AMÉRICA CENTRAL.

5ª SERIE |

SAN SALVADOR, AGOSTO 11 DE 1881.

| NUM. 99.

## FELICITACION

SINGULAR DE UNA INTELIGENCIA ILUSTRADA, EN CONSECUENCIA DE LA OVACION LITERARIA, OBSEQUIADA EN LA NOCHE DEL 23 DEL ANTEPRÓXIMO JULIO, AL INFRASCrito.

Señor Doctor Don Pablo Buitrago.

SALUD.

Las estrellas fulguran en las tinieblas, en la oscuridad de la noche. El astro esplendoroso de la ciencia, fulgura en todas las épocas, en todas las edades.

¿Qué podré decir, habiendo sido testigo de la merecida ovacion que le fué tributada? ¿Cómo podría expresar los sentimientos que me animaron en aquellos momentos y que me animan aún?

¿Serán las ricas galas de la elocuencia las que únicamente podrán significar los sublimes afectos del alma? no: ¡consoladora realidad, tú no has menester adornos! una expresion sencilla, desnuda de toda ostentacion expresa un mundo de sensaciones, cuando la anima el calor de la verdad.

El agua cristalina de los rios no necesita colores ni que le presten las flores su esquisita fragancia, *bástale ser pura para ser buena.*

Estractando el fondo de estas humildes ideas, te saludo, esclarecido varon, deseándote largos años mas de vida y felicidad, suplicándote no olvides, que las emociones que no cupieron el 23 en tu pecho, hicieron eco en el de una mujer cubana, cuyos oídos llevarán vibrantes los dulces trinos de los pajarillos que te cantaron.

Ellos aprovecharon tu fatigada caída para cantarte, porque las águilas se remontan mucho mucho y en su rauda vuelo no perciben el arrullo de las tórtolas. Recibe bondadoso esta humilde hojita, colocada en tu corona: no se marchitará porque conserva su verdor la sávia de la sinceridad.

UNA AMIGA.

Apreciadísima Señora:

Profundos sentimientos de admiracion y gratitud ha producido en mi corazon la preciosa carta de U., tan llena de esos pensamientos delicados con que, en la elevacion de su esclarecido talento, se digna hacer la más bondadosa apreciacion de la sencillez de mi correspondencia humilde á la brillante ovacion con que la culta juventud estudiosa y generoso pueblo de esta capital me honraron con magnificencia, en la noche del 23.

Estamos perfectamente de acuerdo, dignísima Señora, en que el lenguaje sencillo, exhibiendo las bellezas propias de la verdad, cual un dia claro y sereno que pone ante nuestros ojos los objetos de la naturaleza, es de un mérito singular; y si al ilustrado juicio de U. yo me hubiese aproximado á ese estilo en mi con-

testacion á las eminentes producciones en prosa y verso con que se me saludó en tan solemne ocasion, acepto de la distinguida civilizacion de U. con eterno reconocimiento, esa insignia inmortal que se digna obsequiar para la corona que los industriosos pajarillos entretejieron amorosamente para mi cabeza; pero dignaos tener la deferencia de permitirme publicar vuestra carta, en relacion con la elegancia de la bellísima produccion poética del jóven Br. Don Enrique Martí, objeto de tantas esperanzas.

Queda, pues, esperando vuestras órdenes, quien tiene el honor de suscribirse tan atento como reconocido servidor

Q. V. P. B.

Pablo Buitrago.

## Fiesta del Salvador.

Las fiestas nacionales estuvieron más alegres de lo que creíamos. Hubo notable concurrencia, á pesar del empeño que cierto gremio puso en hacer correr la voz de que las fiebres eran epidémicas en la capital. Así y todo, los dias de Agosto los pasamos en medio de la alegría general. Las entradas de los Barrios nada dejaron que desear, y se distinguieron entre todas las del Centro y San José. Los señores Mayordomos se lucieron con sus *magníficos toros!* que no nos hicieron lamentar desgracia alguna porque, *bueyes* al fin, carecían de *dañino instinto.* ¡Bravo, señores Mayordomos!

El ánimo de los salvadoreños todos estaba dispuesto al placer y, favorecidos por la tranquilidad que disfrutamos, se entregaron sin reserva en brazos de la alegría y de la animacion.

*Gran baile en el teatro.*—La Mayordomía de las fiestas, no omitió nada de lo ofrecido en su programa. En la noche del 6 de Agosto dió un espléndido baile en el Teatro, baile que no ha tenido ni tendrá rival, tanto por su numeroso concurso, como por la diversidad de licores y la espléndida magnificencia de los salones. De Santa Ana, de San Vicente, de Santa Tecla y de todas las principales poblaciones, acudieron muchas familias. La orquesta estuvo inmejorable: la componian mas de 200 músicos. Las bandas militares de Santa Ana, Santa Tecla, Sensuntepeque, Sonsonate, Ahuachapan y San Salvador, ejecutaron escogidas piezas en los intervalos del baile. La abundancia de originales no nos permite escribir una crónica detallada, digna del GRAN SARAO; y nos limitamos á rendir á los Mayordomos el *voto de gracias* más espontáneo y merecido. La posteridad les hará justicia!!

## VARIEDADES.

### La Literatura del Salvador.

I.

“La Palabra,” periódico que dirige el Señor Belisario Calderon, ha publicado en los números 2 y 3 el discurso que pronunció mi amigo el Señor Estéban Castro, al hacerse cargo de la Presidencia de la Sociedad Literaria “La Juventud” de esta capital.

Leí esta produccion con verdadero interés, tanto por ser de un jóven que por su buen talento y laboriosidad constituye, segun mi humilde entender, una risueña esperanza del Salvador, como porque en ella se trata de la literatura de este país, la que siempre ha llamado mi atencion y á cuyo estudio me he dedicado.

Castro escogió un buen tema para su discurso, tratando de indagar cuál sea el mérito de la naciente literatura de su patria, é impulsando á los jóvenes de la Sociedad Literaria que iba á presidir, para que se esforzasen en elevar aquella al grado de adelanto á que felizmente han llevado la suya otras naciones de la América latina.

Como un medio para alcanzar la perfeccion, señala acertadamente la necesidad de “dar un nuevo giro á nuestra literatura é imprimirle un carácter nacional; que nuestros literatos, en vez de ocuparse de lances amorosos, de insomnios, suspiros y lágrimas de amor, se ocupen de nuestra historia y de nuestros héroes, de nuestras virtudes y nuestros vicios, exhibiéndolos en el teatro, escuela de costumbres y activo disolvente de todos los vicios sociales; que se ocupen de nuestra naturaleza, tan variada en sus múltiples manifestaciones como pródiga en encantos; y que nuestros poetas canten con entonacion y estilo propios, nuestra fauna y nuestra flora, nuestra agricultura y nuestra industria con sus abundantes y valiosos frutos y nuestros espléndidos volcanes, nuestros magníficos paisajes, nuestros lagos cristalinos, & &.”

Todo lo anterior es una verdad: cuando nuestros poetas y prosistas emprendan una obra seria y trascendental, cuando logren salvar con imperecederas producciones las fronteras centro-americanas, entónces podremos con justicia gloriarnos del progreso literario que tanto anhelamos.

Para probar que el Salvador no tiene una literatura propia como otras Repúblicas hispano-americanas, pregunta Castro en dónde están nuestros monumentos literarios, nuestras obras clásicas; hace notar que no tenemos teatro, ni poemas, ni historia, (historia escrita, debió decir) ni odas; que carecemos de un escritor dramático que siquiera se aproxime á la eminente Gertrudis Gómez de Avellaneda que, en sentir del literato español Juan Nicacio Gallegos, “nadie le podrá negar la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos”; y que no tenemos un José Joaquin de Olmedo que haya cantado con homérica entonacion las hazañas de Francisco Morazan, así como aquel cantó las proezas gigantescas de SIMON BOLIVAR, el hombre más grande de nuestro continente. No seré yo quien niegue esto, así como tambien que el Salvador no tiene un Andrés Bello que haya cantado con lujo de

corrección y ciencia nuestra fecunda zona, ni un Fernando Velarde que haya atronado con sonora voz las cavernas de los Andes, ni un José María Heredia, poeta sublime que al cantar la catarata del Niágara se hizo quizá más grande y admirable que ella misma.

Al establecer una comparación entre la literatura del Salvador y la de otros países hispano-americanos, naturalmente habrá que bajar la cabeza y confesar, de llano en plano, que la nuestra, relativamente, está en un estado sumamente deplorable;—pero hay que tener en cuenta que el Salvador es una nación de ayer y que ayer mismo se revolvía en inútiles contiendas, agotando en ellas sus fuerzas y poniendo al servicio de las más exaltadas y locas pasiones el ardor de sus hijos. ¿Qué es lo que se ha hecho después para mejorar la literatura del Salvador? ¿Dónde están los estímulos y las recompensas que se ofrecen á los que se dedican á su cultivo?

Después de comparar la literatura de este país con la de otros más adelantados en todo sentido, dice Castro: "Aun en Centro-América, no obstante que en el Salvador ha habido y hay en lo general más ilustración, Guatemala ha cultivado la literatura con mejor éxito que nosotros."

Si en el Salvador *ha habido y hay* más ilustración que en Guatemala, ¿por qué esta última camina á la vanguardia del movimiento literario de Centro-América, pudiendo presentarse ante las otras naciones de la América Española con producciones inimitables de algunos de sus hijos? Quizá sea muy aventurada la idea de que me ocupo: dígame lo que se quiera, Guatemala ha tenido siempre hombres más ilustrados que las demás secciones de la antigua patria; y para ello, ha habido muchísima razón. Guatemala ha contado con más elementos que nosotros, que fuimos por mucho tiempo tributarios suyos. Aun en la época de la dominación española en que estos países estaban sumidos en la ignorancia, Guatemala podía recibir el influjo valioso de hombres ilustres que le vieron de la Península y sembraron allí la semilla de una literatura, que cuenta con una pléyade de castizos escritores y armoniosos poetas.

El mismo Castro se contradice, cuando después de afirmar que en el Salvador *ha habido y hay en lo general* más ilustración que en Guatemala, no encuentra en su país fabulistas como Matías Córdova, el que escribió la "*Tentativa del león y el éxito de su empresa*," sin rival en la América Española, por su originalidad, elevación de estilo y pensamientos, ni como García Goyena, el *Iriarte guatemalteco*, con quien, según él mismo indica, solo puede rivalizar en la América del Sur el celebrado Gabriel A. Real de Azúa. También hace notar que *no ha habido ni hay en el Salvador* un poeta de la talla de José Batres Montúfar, del más popular de los vates centro-americanos, del cantor del desierto de San Juan de Nicaragua, famoso autor de "El Reloj," de "Don Pablo" [y no de "Don Pascual," que solamente es el nombre de uno de los personajes de la leyenda] y del tan conocido y apreciado madrigal "*Yo pienso en tí*," "obras en que campean un ingenio portentoso, sensibilidad exquisita, sólida instrucción y el más envidiable númen."

García Goyena, además de ser un fabulista insigne, celebrado por eminentes autores españoles, fué también un jurisconsulto consumado; y la tribuna y el foro han echado siempre de menos su elocuencia y sabiduría, según el decir de Ramon Uriarte.

Fr. Matías Córdova no goza de tan alta y merecida fama sólo por su *Pequeño poema épico*, sino también por su saber. Ha quedado de él una curiosa memoria sobre la

mejor manera de civilizar á los indios, obra en que se revela el gran filósofo, que sobresalió, además, en distintos ramos de la ciencia, sin descuidar el frecuente estudio de la amena literatura en las fuentes inagotables de los autores griegos y latinos.

José Batres Montúfar desarrolló su privilegiada inteligencia con el estudio de las ciencias exactas y de la literatura, adquiriendo también extenso y variado tesoro de conocimientos en otros ramos del saber humano.

Necesariamente ha debido haber más ilustración en Guatemala, cuando allá tienen poetas tan distinguidos como Juan Diéguez, del cual Castro dice que no hay quien le supere ó iguale en nuestro Parnaso; poetisas como Josefa García Granados, que no solo como hija de las Musas era aventajada, sino también en las ciencias, é historiadores como Marure y Montúfar, hombres de reconocida ilustración en todo Centro-América, y de los cuales el último, merced á su saber y sólido juicio, se haya con el encargo de escribir la historia de estos países. Tampoco tiene el Salvador un literato tan notable como José Milla, escritor castizo á quien, como Castro lo dice, se le llama, por sus obras satíricas, el Lafuente centro-americano.

Además de las anteriores notabilidades guatemaltecas que Castro cita en su discurso, yo podría nombrar á muchas más que han recogido abundante cosecha de laureles en el glorioso campo de las letras y de las ciencias. Las mencionadas, bastan y sobran para poder venir al conocimiento de que el Salvador no tiene otras que puedan superarlas.

A mi juicio, no se debió sentar una afirmación para desvanecerla á renglón seguido, pues se pone muy en claro la superioridad de la ilustración de Guatemala sobre la del Salvador, desde el momento en que se reconoce que es, á todas luces, más rica y aventajada la literatura de la primera; y sino, recuérdese aquello de que: "la literatura de un país es el termómetro con que se mide su adelanto é ilustración."

Después de citar con dignos y justicieros elogios el nombre de los personajes de que me he ocupado, Castro pasa revista á los literatos de su país.

He tenido ocasión de apreciar el mérito de éstos, pues por algún tiempo me he dedicado á recoger las mejores producciones de los ingenios nacionales, con el objeto de darlas á conocer y empezar á formar la literatura que lamentamos no tener; así es que me voy á tomar la libertad de hacer algunas observaciones al Presidente de la Sociedad literaria "La Juventud," y de ampliar ó aclarar algunas de las ideas que emitió á este respecto.

No sólo Miguel Alvarez Castro y Francisco Diaz, entre los poetas salvadoreños *relativamente* antiguos, merecen este nombre. Ignacio Gómez, que nació un año después que Diaz, ocupa al lado de ellos un lugar muy distinguido. Gómez no tenía aquel fuego á cuyo calor se componen versos tan apasionados como los de Batres Montúfar y los hermanos Diéguez; pero hay en sus cantares armonía, inspiración y fluidez, lo mismo que pensamientos delicados y muchas veces filosóficos. El escribió la mejor versión al español de la elegía del poeta inglés Tomas Gray, "*En El Cementerio de una Aldea*," y muchas otras magníficas traducciones del francés y del italiano, idiomas que poseía con notable perfección. Alguna que otra vez publicó algo en verso que no fué digno de su ingenio; pero eso no ha alcanzado á oscurecer su gloria literaria, por todos reconocida y acatada. En la "Galería Poética centro-americana" pueden leerse algunas de sus poesías, y ellas solas bastan para

darle entrada en el templo de Apolo, en donde quizá pueda ocupar mejor lugar que Francisco Diaz. Este, como dice Castro, era un genio; pero un genio sin cultivo, que vivió descuidado; genio que vino al mundo en peores circunstancias que las nuestras, y que poco ó nada puso de su parte para ensanchar la esfera de sus conocimientos y hasta de sus impresiones. Fué azarosa su vida; poco que sea digno de perpetuarse dejó escrito, pues las más de sus ligeras producciones son del género erótico y no pocas veces dedicadas á objetos harto fútiles. Conozco casi todas sus composiciones, las que se han publicado y las inéditas que me ha facilitado para la "*Guirnalda salvadoreña*" su hermano el Señor Raimundo Diaz.

No riego que con el estudio habria sido digno de figurar al lado de Batres Montúfar; pero no creo como Castro, que hubiera rivalizado con él. No testifica su serto la "Epístola á Delio," que no es la mejor obra del malogrado poeta.—"*La Alcoba*," imitación de Urioste y la intitulada "Estrofas," son quizá superiores á la Epístola, que es muy buena comparada, entre otras muchas, con la Tragedia de Morazan, que carece de mérito literario y no está á la altura que requieren el asunto y el héroe de Gualcho. Diaz tenía felices disposiciones para la gaya ciencia; compuso versos bastante fluidos y armoniosos; pero Alvarez Castro no los hizo menos que él, así es que no pueden dársele á Diaz estas cualidades como superiores á las de aquel. Léanse sino los siguientes versos de Alvarez Castro, en boca de un pastor que lamenta separarse de su adorada Amira:—

"No hay medio; ya es imposible

Evitar, dueño amoroso,

Mi dolor, pues imperioso

Me ordena el hado partir:

Oyese al ave sensible

Anunciar alegremente,

Que ya por el rúbio oriente

Comienza el día á lucir

A esta hora ¡qué acerbos penas

Veo contra mí agolparse,

Hora en que van á nublarse

Días del más puro amor!

Otras gocé harto serenas

Para que en mísero llanto

No se trocasen en tanto

En amargura y dolor.

Por el bosque solitario

La vinda tórtola vuela,

Y en vano ¡ay Dios! se desvela

De su bien amado en pos;

Con eco agradable y vario

Apasionado lo llama,

Vagando de rama en rama

Sin que responda á su voz.

De esta suerte, Amira hermosa,

Desde que infeliz me ausente,

Buscándote inútilmente

Por el bosque umbroso iré;

Con voz triste y pesarosa

Te llamará el lábio ansioso,

Y sólo al eco angustioso

Repetir tu nombre oiré.

¡Quién sabe si en ese instante

En que tu ausencia me mata,

Romperás, Amira ingrata,

Los lazos que Amor formó!

¡Quién sabe si ya distante,

Rodeada de adoradores,

Merecerá tus favores

Otro más feliz que yo!

Ah Dios! ¡y así me atormento

Ah Dios! y así me consumo

Por un bien que como el hamo

Veré á mi pesar huir?

¡Ay Amira, qué momento!

¡Oh, cuantas penas me afligen!

Y es de mis males origen

Un infausto porvenir!...

¿Y por qué á violar no empiezo  
Mi voto y no lo quebranto?  
¿Por qué no enjugo este llanto  
Que ya ofende á la razon?  
No! perdona; es todo exceso,  
Bien mio, del amor puro  
Que una y mil veces te juro  
Arderá en mi corazon.  
Primero las elevadas  
Torres del palacio erguido  
Destruirá el tiempo atrevido  
Con su aspecto asolador;  
Primero verás trocadas  
Del año las estaciones,  
Que mudanzas ó traiciones  
En mi tierno y fiel amor.  
Es mas fácil que la fuente  
Cristalina y abundosa  
No vaya á la mar undosa  
Su raudal á desaguar;  
Y aun talvez más fácilmente  
Buscára al lobo el cordero,  
Que mi corazon sincero  
Te dejare de adorar.  
Antes bien noche luctuosa  
Se tornára en claro dia  
Y en su lugar se veria  
El alba resplandecer;  
Más bien primavera hermosa  
Produciría malezas,  
Que no fingidas ternezas  
En mi tierno pecho ver.  
Pero al fin, ven, dulce Amira,  
Ven, sensible y fiel amante,  
Ven en el postrer instante,  
Nuestros lazos á estrechar:  
Ven y junto á mí suspira  
De amor tierno y verdadero  
Pues antes que partir quiero  
En tus brazos espirar...."

Así el infeliz Delmiro,  
Cuando empieza á reir la aurora,  
Al partir de su pastora  
Decia con triste voz.  
Yo oí el ahogado suspiro  
Que exhaló en aquel momento;  
Yo escuché su juramento  
Y su postrimer adios."

¿Podrá Alvarez Castro ser ménos "fluido y armonioso" que Diaz? Las estrofas que he transcrito, darán la mejor respuesta. Alvarez Castro escribió otras poesías quizá de mayor mérito, tales como la oda "Al Ciudadano José del Valle", una "Elegía" con motivo del fusilamiento de Pierson y una poesía "A Cintia, en sus dias." En todas ellas campean, al lado de una versificación fácil y espontánea, cierto donaire, delicadeza y buen gusto que las hace muy recomendables. Es lástima que este poeta no sea conocido en su mismo país; pero dia vendrá en que se le rinda el homenaje y la admiración de que es muy digno.

Las poesías del infortunado Isaac Ruiz Araujo, son perlas literarias, es verdad; pero no debió Castro establecer comparación entre él, Alvarez Castro y Diaz. Ruiz Araujo pertenece á una escuela muy distinta, la escuela romántica, y su versificación en nada se asemeja á la del cantor de José del Valle, cuyas composiciones tienen, por lo regular, un sabor esencialmente clásico. Los versos de Ruiz Araujo son más armoniosos, fáciles y elegantes que los de Francisco Diaz; pero no son más fluidos ni más tersos y correctos que las de Alvarez Castro. El númen de Ruiz Araujo era riquísimo; su inspiración, torrente impetuoso que no respetaba vallas ni diques; á trueque de consignar un bello pensamiento solía, como Espronceda, dar de mano á las reglas. Así y todo, Diaz no le gana en armonía. Podrá Ruiz Araujo mejorar á éste, pero no á Alvarez Castro, que escribió

magníficas poesías, flores preciadas de la corona poética del Salvador. Ruiz Araujo en su género y Alvarez Castro en el suyo, son dos poetas de imperecedero recuerdo.

Ignacio Gómez era superior á los tres como literato; y si como poeta no tuvo la rica vena de ellos, no carecía de envidiables dotes, y en más de una producción suya se vé que la Castalia fuente no le negó del todo sus frescas y cristalinas aguas. He aquí una bella estrofa, tomada al acaso de una elegía suya:

"La paz del corazon está en la tumba,  
Bajo el mustio ciprés;  
Y aunque en sus ramas la borrasca zumba,  
La paz duerme á sus piés."

¿Quién escribió esto, no era capaz de hablar el divino idioma de los dioses?

Refiriéndose á los poetas salvadoreños que aún viven, dice Castro que no se dedican á escribir obras serias en que sus nombres, grabados como en granito, pasen á la posteridad; siendo esto lamentable, tanto mas cuanto que el Salvador tiene ingenios que con ventaja podrian cultivar todo género de literatura. Para corroborar su aserto, cita con justicia á algunos de los poetas que auguran para la literatura nacional una era próspera y brillante. Esto es lo que debe esperarse, y más cuando la mayor parte de ellos son jóvenes todavía. El porvenir nos dará lo que hoy no tenemos: al presente es mucho exigir querer que haya entre nosotros Olmedos, Heredias, Bellos y Velardes. Se empieza á recorrer el camino, despues de las continuas caídas consiguientes á la infancia política, material é intelectual de un pueblo, y es de todo punto imposible el contar tan pronto con las glorias de que se enorgullecen otras naciones que, mucho más que la nuestra, han impulsado el talento, premiado el saber y estimado el ingenio.

Quizá Castro haya querido impulsar á los jóvenes á quienes empezaba á presidir, despertando en sus nobles corazones el estímulo, la santa emulación, y si así ha sido, hay una excusa para disimular algunas de sus exageraciones.

En la cita que hace de los poetas y poetisas del Salvador que aún existen, ha omitido, involuntariamente, quizá, el nombre de algunos de ellos, tales como los de Calixto Velado, Manuel Herrera, Luciano Hernandez, Antonio Najarro, Adolfo Rodriguez, Luz Arrué de Miranda y Dolores Arias. También se ha intercalado el nombre de alguno que no solo no es salvadoreño, sino que no tiene legítima carta de entrada en el Parnaso. Me refiero al Sr. Lic. Francisco Vaquero, que no sintiendo en el corazon el fuego divino de la poesía, se ha echado á rodar por esos mundos de Dios, asaltando en el camino á poetas á quienes ha despojado de sus obras, para exhibirse ante el público ataviado con ajenas vestiduras. El público, que es juez severo é imparcial, nunca ha considerado como poeta el caballero de que se trata; pero se le ha sacado á lucir como á tal y tengo, á pesar mio, que ocuparme de él de una manera algun tanto desfavorable.

Por honra del Parnaso Salvadoreño, habrá que retirar el nombre del Sr. Vaquero de la nómina de vates que publicó Castro, en la cual figuran nada menos que J. J. Cañas, J. J. Bernal, C. Bonilla, M. Delgado, A. Guevara Valdés y F. E. Galindo. Y no se crea que carezco de datos al afirmar que el Lic. Vaquero no es poeta. Yo quisiera que lo fuese, y hubo una vez en que, engañado como Castro, le consideré así; pero despues la casualidad ha puesto en mis manos ciertas producciones de ciertos poetas americanos, y entre ellas la de un salvadoreño, y se parecen mas de lo que la

imitación permite á algunas de las composiciones poéticas que el Sr. Vaquero ha autorizado con su firma.

En honor de la verdad, diré que no todos los versos que el Sr. Vaquero ha suscrito adolecen del *feo pecado*; pero ofrezco, en cambio, si fuese necesario, hacer la crítica literaria de los pocos que son originales suyos, para que se vea que no puede ocupar un lugar entre los dulces cantores de Cuscatlan.

Tenia que ocuparme de todos los puntos del discurso de Castro, y me vi en el duro, pero imprescindible caso de expresar la idea que tengo del Sr. Vaquero como poeta. Otra cosa hubiera dicho considerándole como abogado, profesion que ejerce con inteligencia, actividad y conocimientos, y en la cual está llamado á figurar dignamente, ya que la Naturaleza fué con él muy avara, negándole por completo el delicado sentimiento y la exquisita ternura que exhalan en sus cantares los legítimos y verdaderos hijos de las Musas.

## II.

Despues de ocuparse ligeramente de los poetas, Castro hace las mismas consideraciones respecto de los prosistas salvadoreños, de quienes no encuentra también producciones de aliento.

Enrique Hoyos, que manejaba el español con tanta maestría, se ocupó solamente de escribir pasajeros artículos de periódicos, que han vivido la vida fugaz de aquellos. Como poeta no fué muy feliz, y bien hizo Castro al no considerarle en este sentido. Los versos que de él conozco estan destinados por lo regular para cantarse en serenatas, y estan escritos en el sencillo estilo popular; son composiciones eróticas que no pueden rivalizar con las de otros poetas del país. Sin embargo, Hoyos compuso dos buenos sonetos, el uno titulado "A mi esposa" y el otro "La Contrición de un abogado," y son, á mi juicio, sus mejores poesías.

Ignacio Gómez fué quizá un escritor más clásico que Hoyos; escribió muchísimo más que éste, y en todas sus producciones se deja ver la pureza y la corrección más acabadas. Gómez no sólo era más laborioso que Victoriano Rodríguez, sino también más pulcro en el decir; manejaba con más destreza y elegancia el hermoso idioma de Cervantes y no incurria, como Rodríguez, en el uso de neologismos y muchas veces de locuciones algun tanto vulgares. Rodríguez era escrupuloso en la construcción gramatical; pero en lo general no era tan correcto como Gómez, que siempre fué castizo en su dición y pulido y galano en sus frases. Rodríguez, lo mismo que Gómez, se dedicó á los estudios históricos, y de ambos han quedado inéditos los dos primeros tomos de la historia de Centro-América, segun he sabido. Con las producciones de estos dos ilustrados doctores, y principalmente con las de Gómez, que escribió mucho sobre casi todos los ramos del saber, bien podrian formarse ricos volúmenes. Ellos hicieron bastante; pero nuestro modo de ser en Centro-América, la apatía con que se ven los frutos de la inteligencia y lo costosa que es entre nosotros la imprenta, ha hecho que no se recopilen y publiquen obras que honrarian nuestra literatura, dándole un buen nombre en el exterior.

El Doctor Bartolomé Rodríguez publicó algunos folletos sobre materias religiosas, escritos con erudición y en estilo elegante y correcto. Era un filósofo y un polemista digno de elogio, que ha dejado producciones notables: ahí estan sus numerosos artículos, que pueden dar á conocer su instrucción y talento.

Castro dijo al principio de su discurso

que el Salvador no tenia literatura ni verdaderos literatos; pero dice despues que: "entre los vivos tiene prosistas que en potencia literaria, pueden rivalizar con el literato más empujado de las repúblicas hermanas, aun con el mismo D. Antonio J. de Irisarri."

No estoy por las exageraciones: no creo, como Castro afirmó al principio, que el Salvador no tenga literatos; pero tampoco puedo creer que haya entre nosotros quien rivalice con el eminente Irisarri, con ese sábio guatemalteco, gloria de la América Latina. Cíteseme á alguno que pueda, no digamos rivalizar con él, siquiera que en algo se le parezca. Irisarri tiene colosal reputacion en la América como eminente literato, desde que despues de largos y concienzudos estudios, escribió con vasta ilustracion obras que han alcanzado á su nombre una celebridad universal, entre ellas la que con el título de "Cuestiones filológicas," ha merecido general aceptacion entre los más célebres y autorizados escritores españoles. José María Torres Caicedo habla de la vida y escritos de este ilustre americano, en el primer tomo de sus "Ensayos biográficos," y allí pueden encontrarse mas pormenores á este respecto.

Actualmente en el Salvador se opera un movimiento literario que augura mucho para el porvenir. La juventud se dedica entusiasmada al cultivo de las bellas letras, y yo creo, como Castro, que los gobiernos debieran proteger eficazmente á los escritores, llamándoles á concursos literarios, á esos torneos de la inteligencia, para adjudicar honrosos premios á los autores de las mejores obras. Así se alcanzará el tan anhelado progreso de la literatura del Salvador, y los más sábios y competentes se dedicaran entonces á escribir obras que ahora no emprenden, en presencia de la criminal indiferencia con que entre nosotros se miran los esfuerzos de la inteligencia y los frutos del estudio y de la sabiduría.

Es verdad que jóvenes son los más que ahora están al frente de los periódicos del país; pero tambien es cierto que en ellos escriben, por lo general, todos los literatos salvadoreños. Los jóvenes, con mas entusiasmo, sin haber cosechado todavia las decepciones que brinda entre nosotros el periodismo, echan sobre sus hombros la pesada carga, y hacen un llamamiento á los que ayer se entregaron á las tareas de la prensa, habiéndose retirado en vista del desinterés con que leyeron sus producciones y del poco ó ningun apoyo que les dispuso el público para quien escribían. Si no se generaliza el gusto por la lectura, si no se impulsa á la juventud que en la actualidad se ensaya en el periodismo, sedienta de gloria, mañana se la verá tambien abandonar el campo, perdida la fé en el porvenir, para dedicarse á una vida quizá de criminal inaccion.

Castro no habló separadamente de cada uno de los prosistas que aún viven, como lo hizo con los que ya murieron, porque, creyéndose muchos distinguidos, temió que al ofender sábias modestias, se diesen tambien por ofendidas nécias presunciones. Solamente nombró á Antonio Grimaldi, llamándole, ademas de sábio, el Voltaire centro-americano, quien á mi juicio, está llamado á ser una de las más brillantes glorias de la patria del Padre Delgado.

En el resto de su discurso, se ocupa Castro de las obras de los literatos del Salvador. Al hablar del drama de Galindo y de la tragedia de Diaz, debió citar el drama joco-serio que, con el título "Las Candidaturas," publicó en Nicaragua el literato salvadoreño Luciano Hernandez, jurisconsulto y orador distinguido que tambien

ha pulsado la lira. El drama de Hernandez, como produccion centro-americana, es una obra de mérito. Critica con justa severidad y gracioso ridículo la opresora administracion del cándido Sr. Vicente Cuadra, que en mala hora se dejó arrastrar por los perversos consejos del Señor Anselmo H. Rivas.

Me he extendido mas de lo que pensaba; pero no pude resistir al deseo de ampliar algunas de las ideas emitidas por mi inteligente amigo E. Castro, que espero comprenderá que el móvil que me ha guiado, no es otro que el de cooperar con mi pequeño esfuerzo á la mejora y conocimiento de la literatura de su patria.

¡Ojalá que los miembros de la sociedad "La Juventud" acepten, acaten los consejos que su Presidente les dió en el final de su discurso, para que eviten algunos vicios que entorpecen la marcha progresiva de la literatura nacional! Entonces podremos, en no lejano dia, presentarnos ante nuestras hermanas las Repúblicas hispano-americanas con las producciones de nuestros ingenios, que formarán una literatura propia, digna de figurar al lado de la de aquellas!

ROMAN MAYORGA RÍVAS.

San Salvador, Junio de 1881.

[Tomado de la Revista literaria "La Juventud."]

## LITERATURA.

Al Sr. Dr. D. Luciano Hernandez,

(CON OCASION DE SU GALANTE CARTA INSERTA EN EL N° 97 DE "EL PUEBLO.")

Quisiera yo tener de Víctor Hugo  
La inspiracion sublime y el laud,  
Ya que al Eterno conceder le plugo  
Que el corazon sintiera gratitud.

Entonces con placer entonaria,  
Como el cantor de *Hernani*, una cancion,  
Que, siendo una obra maestra de poesia,  
Del sentimiento fuera la expresion.

Yo escribiria en versos inmortales  
Tu nombre que la Historia ha de guardar  
Como otros que registra en sus anales,  
Y el mundo escucharía mi cantar.

En armoniosas rimas, de la gloria  
Sería el pregonero; y de mi voz  
Conservando los siglos la memoria  
Hicieran vano su correr veloz.

Amante de las artes y las ciencias,  
Y del génio entusiasta admirador,  
De aquel laud quisiera las cadencias  
Para entonar mi himno en tu loor.

Mas si el cielo me niega la fortuna  
Que al Bardo de los Francos otorgó,  
Si mi cántiga triste es impertuna,  
En cambio una alma para amar me dió;

Una alma para amar cuanto hay de bello,  
De grande, de sublime, de ideal,  
Que vá de la Verdad tras el destello,  
Que persigue del Bien la esencia real.

De esa alma yo te ofrezco con franqueza  
Los mas puros afectos de amistad. . . .  
Perdóname, Doctor, si mi rudeza  
Ha podido ofender tu dignidad.

De mi justo entusiasmo en el exceso  
Llegué á olvidar mi humilde condicion:  
Que tú eres un soldado del progreso  
Llamado á difundir la ilustracion,

Mientras que yo, de mérito desnudo,  
En tu línea jamás podré formar:  
Que mas valiera que mi acento rudo  
Tus oídos no fuera á importunar.

Permite, sin embargo, que te mande  
Un testimonio de cariño leal,  
Pues sé que los que tienen alma grande  
En cada sér humano ven su igual.

Permite que, de nuevo, parabienes  
Te ofrezca con sincero corazon,  
Porque han ceñido de laurel tus sienes  
De tu amor á la ciencia en galardón.

JUAN JOSÉ BERNAL.

San Salvador, Julio 25 de 1881.

El jóven Br. D. Enrique Martí,

EN LA OVACION TRIBUTADA POR LA JUVENTUD  
ESTUDIOSA AL ILUSTRE

Doctor Don Pablo Buitrago.

Nunca de fama el eco majestuoso  
Ha pretendido mi insonoro acento;  
Ni de la gloria el brillo esplendoroso  
Reservado á la ciencia y al talento:  
Si ahora pretendo en mi laud, ansioso  
La cuerda hacer vibrar del sentimiento;  
Si mi voz hoy ha osado levantarse  
De la poesia á la sublime cumbre,  
Es que mi alma he sentido iluminarse  
De inspiracion con pálido vislumbre.  
Un génio es quien me inspira  
Y ese eres tú; oh venerable anciano!  
Por quien hoy pulsa mi insegura mano  
Del vate audaz la centellante lira!  
Mira esta juventud: sobre su frente  
Brilla la inspiracion, brilla el talento,  
Hoy te ofrece un tributo, reverente,  
En que brilla esplendente  
Del alma el más sublime sentimiento.  
¿Quién olvidar podría  
Que con sábias lecciones  
Tú has conducido, como esperto guía,  
A la virtud sus tiernos corazones?  
Tú, con ferviente anhelo  
Con tu sábia experiencia,  
La has recorrido el velo  
Que encubre los misterios de la ciencia.  
Siempre la has enseñado  
A amar su dulce libertad divina  
Mas que á la luz del dia;  
Y tu voz ha tronado,  
Como la voz que el huracan fulmina,  
Contra la repugnante tiranía.  
Tú el sucio fanatismo  
Con sus negros colores la has pintado  
Y la has mostrado el insondable abismo  
En que cae el espíritu apocado,  
Sujeto á su asqueroso despotismo.  
¿Cómo pagarte, pues, lo que te deben,  
Cómo espresarte lo que el alma siente  
Al colocar sobre tu noble frente  
La corona de humilde gratitud?  
Esto es bien poco, si, mas si la gloria  
Puede ser á tu mérito un tributo,  
Tú has recogido un abundante fruto  
Del alma de esta noble juventud!

¿Qué más te puede dar? A tí te basta  
Que ella siempre á tus máximas atienda,  
Y siga siempre por la noble senda,  
Que le trazaste, ¡oh génio bienhechor!  
Tu nombre adornará la pátria historia  
Y heredarán tu nombre las edades;  
¡La gloria es inmortal cual las verdades;  
El génio es infinito como Dios!

SAN SALVADOR—IMPRONTA NACIONAL.  
Calle de Minerva.